

contra México, retiraron sus ofensas, corrigieron el lenguaje in-noble usado hasta entonces con la República, y prosternados ante la solemne majestad de un pueblo, confesaron su derecho y trazaron el estigma de la vergüenza y del oprobio sobre la frente de la vieja Europa en sus sueños insensatos de conquista!....

Un grano de arena atravesado en la ampolleta del reloj de-tenia la medida del tiempo.

La Europa estaba vencida, y ese pacto nefando quedaba en la historia como un último rasgo de la barbárie de otros siglos.

Partió el vapor llevando al viejo continente la noticia de su derrota en el campo de la diplomacia.

Las máquinas galvanizadas del telégrafo se preparaban á dar el gigante aviso de la rendicion de México, y comunicaron con espanto la terrible nueva que envolvía esa cifra que se llama los preliminares de la Soledad.

Un rayo venido por aquellos alambres hubiera causado mé-nos efecto; los tres soberanos desaprobaron unánimemente la conducta de sus enviados.

Mientras atravesaba las soledades del océano aquella sobera-na reprobacion, el volcan de la liga que momento á momento presentaba los síntomas determinados de una catástrofe, hizo al fin su erupcion al pié del gigante Orizava!----

CAPÍTULO X.

De lo que suele hacer Dios en su laboratorio químico.

I.

La tarde del 6 de Marzo de ese año memorable de 1862, la hermosa ciudad de San Andres Chalchicomula recibia con gran-des muestras de regocijo á la brigada de Oajaca, que habia co-sechado tantos laureles durante la guerra civil defendiendo la causa de la libertad y de la reforma.

Las campanas repicaban alegremente, las músicas militares tocaban sonos marciales, y las detonaciones de los cohetes po-blaban el espacio, formando aquella confusion un todo de sim-patía y entusiasmo.

Durante el corto intervalo de la llegada de las escuadras ex-trangeras, á la fecha del 6 de Marzo, podia contarse una nueva era en el ejército republicano.

El general Uruga, en jefe del ejército, habia desplegado en los primeros dias una grande actividad en los preparativos de la guerra, que auguraban una defensa sangrienta y vigorosa.

Luego que se celebraron los preliminares, toda la fe de aquel hombre desapareció como una luz que se apaga.

El general comenzó á tener intimidad con los aliados y á confesarse vencido antes de entrar en la lucha.

Decía públicamente, que su honor le mandaba morir al pié de sus banderas, pero que juzgaba inútil toda defensa, porque las armas de la liga eran omnipotentes.

Estas palabras introducían la desmoralización en el ejército; porque un general en jefe es un gran centro de luz; si los rayos los emite con claridad, todo es irradiación de entusiasmo; pero si los desprende opacos, las sombras se hacen más terribles y pavorosas.

Aquella conducta no era un misterio.

En una junta de guerra en que se emitieron tales ideas, el general Zaragoza contestó con aquella sencillez republicana que acompañaba siempre los conceptos del bravo militar:

—Señores, dijo, yo no soy soldado, ni sé opinar en juntas de guerra; sigo las inspiraciones de mi conciencia, ella me manda sacrificarme por mi patria y yo pelearé hasta el último momento.

Zaragoza fué nombrado general en jefe del ejército de Oriente.

Hay almas que tienen el privilegio de alentar el espíritu abatido, de encender la viva llama del heroísmo hasta en los pechos más vulgares, de alentar el ánimo contristado hasta llevar al hombre sereno delante de la muerte.

Esos hombres tienen la duración del relámpago; pero alumbran un siglo y una civilización.

El nombre de Zaragoza llevó la alegría á los campamentos, y aquel hombre fué el ídolo, la admiración fanática de sus soldados y más tarde de un pueblo entero.

—Luz que se apaga en el primer momento...
 —No perder la vida, continuó siempre en las primeras filas...
 —Felipe le estrechó la mano y le dijo á su vez...
 —Te tomo la palabra, profesor...
 —Lo juré delante de sus banderas!

II

La brigada de Oajaca atravesaba marcialmente las calles de San Andrés Chalchicomula en una ostentación de orgullo; porque aquellos soldados eran la vanguardia del ejército, los que recibirían el alto honor de batirse los primeros, una vez rotas las hostilidades.

—Hasta hermosos me parecen estos Oajacos, decía Felipe Cuevas: ¡qué bien llevan sus armas! son los vencedores de Pachuca y Jalatlaco!

III

—La oficialidad es de primera, contestó Gonzalez, con esta brigada me arriesgaría á esperar á los franceses, y eso que siempre les tuve algo de temor; en México, porque me llevaban las cuentas de los pasteles, y aquí por sus piezas rayadas; no obstante, creo que podía llegar á héroe cuando se me antojara.

—En los Estados Unidos han brotado las capacidades guerreras en los momentos de estallar la guerra civil; dígalos Mac Clellan y otros cuyos nombres no recuerdo.

—Sobre todo, repuso Santiago, si arman á los mil monos que viste en la casa de fieras.

—Siempre estás de broma, te has vuelto un fastidioso de cuenta.

—Demonios! gritó Santiago, los músicos tocan los *cangrejos*; esa sonata sí que me entusiasma, soy capaz de.....

—¿De qué?

—De cantarlos.

—La hazaña es de lo mejor.

—No se trata de pelear en estos momentos.

—Creo que sería lo mismo, dijo con sorna Felipe.

Entonces Santiago Gonzalez, picado por la broma, tendió su mano al estudiante y le dijo con tono serio:

—Juro que estare en el primer encuentro con el enemigo, y de no perder la vida, continuaré siempre en las primeras filas.

Felipe le estrechó la mano y le dijo á su vez:

—Te tomo la palabra, pelearémos hasta morir!

—Lo juro delante de esa bandera!

En esos momentos atravesaba uno de los cuerpos llevando su estandarte acribillado por la metralla.

Los amigos se descubrieron respetuosamente y volvieron sus ojos hácia la enseña sagrada, símbolo misterioso en que se encierra el pensamiento de la libertad de un pueblo.

III.

En uno de los ángulos de la plaza estaban tres hombres de fisonomía vulgar, con todo el aire de comerciantes, y que presenciaban como todo el vecindario el desfile de las tropas.

—No hay duda, estas gentes se preparan y nuestros negocios se empeoran dia á dia.

—No bastaba esa infame transaccion de los Preliminares...

—No han conocido estos majaderos que el ministro Doblado lo que ha querido es aplazar la cuestion para ponerse en guardia, cuando hubiera sido tan fácil batir en detall estas fuerzas.

—Lo peor es que nada conseguirán, porque el gobierno de Juarez no hará concesion alguna.

—Es preciso confesar que son hábiles estos mexicanos para el enredo.

—El ejército está montado perfectamente, y muy léjos de ser chusma desordenada y sin disciplina.

—Todos los informes han sido enteramente falsos.

—Ira de Dios!

—Tras el primer fracaso vendrá la derrota.

—Es segura, amigos míos, ya veis que estos diablos de ingleses no traen mas tropa que la de marina.

—Siempre han sido de mala fé.

—La convencion está rota y todo se lo lleva el demonio.

—Nos hundimos en la catástrofe europea.

—Entremos, que tengo algo que comunicaros.

Los tres personajes llegaron al reducido aposento de una de las casas que les servian de alojamiento.

—Señores, dijo el conde del Jaral, el almirante Jurien de la Gravière me ha enviado para observar la posicion que guarda el enemigo; porque está dispuesto á romper los preliminares y aceptar de lleno la situacion.

Wask y Manzanedo le vieron con asombro.

—Lo dicho, caballeros, Saligny y la Gravière han reflexionado lo mal que han hecho al aceptar los preliminares y piensan no llevarlos al cabo.

—¿Y sus firmas?

—Eso es bien poco.

—¿Y su palabra?

—¿Qué importa!

—Y su carácter de plenipotenciarios?

—En política no hay palabra, ni compromisos, ni dignidad, ni juramentos.

—Eso es otra cosa, confieso que no estoy tan adelantado en la ciencia.

—Los hombres son *obstáculos ó medios*, la sangre no mancha.

—Estais terrible, señor conde.

—Es mi estado normal.

—La teoría es bellísima.

—La práctica no lo es ménos.

—Querria probaros dijo Wask.

—Me sería fácil.

—No lo creo.

—No sois capaz de llevar como yo una empresa hasta su realizacion.

—Puede ser que sí, señor conde.

—Pongámonos á prueba.

Manzanedo seguía con toda atención los movimientos de aquellos dos seres lanzados al camino tortuoso de la política, en la demencia de los intereses personales.

El secretario del conde de Morella no tenía un corazón tan corrompido como sus compañeros, las escenas de sangre de la guerra *Carlista* no habían agotado la fuerza de sus sentimientos; pero estaba próximo á lanzarse por esa vía desesperada.

Todo su porvenir se concentraba en un solo punto, llegaba á la cúspide de su fortuna y temía caer de tan grande altura.

Pobre alma acongojada con sus pesadillas de ambición y de riqueza!

Manzanedo estaba ya complicado en los grandes crímenes de sus colegas, con ellos dividiría hasta el cadalso.

Wask y don Fernando habían entrado en todas las combinaciones, llevaban el peso de la gigante empresa y no habría crimen que no arrostrasen por llegar al término de su camino, mientras la mano justiciera de Dios no le marcara el *hasta aquí* á una existencia encadenada al espíritu mortífero y pestilente del crimen.

Wask y don Fernando continuaban en sus manifestaciones sacrílegas.

—Yo vería morir tranquilo á todos esos hombres que atraviesan con tanta arrogancia las calles de esta población; si la vida de todos ellos se reuniera en un solo hilo, lo cortaría con la sonrisa en los labios.

—Disparate!

—Hay cosas que no son posibles, pero...

—¿Y si yo os propusiera un medio?

—Lo aceptaría sin oponer obstáculo alguno.

—Pensadlo bien, señor conde del Jaral.

—Por pensado, caballero.

—Si vos ejecutais mi pensamiento yo os ofrezco que caerá la cabeza que me señaleis.

—Como acepto desde luego cuanto me propongais, por terrible que sea, de antemano os señalo la frente que debéis herir.

—Hablad, don Fernando.

—Pensadlo vos.

—No me conocéis aún.

—Pues bien, el único hombre que me inspira terror, el único que juzgo capaz de luchar con éxito y darnos un golpe de muerte es...

—No temais, señor conde, pronunciad el nombre que equivale á una sentencia desesperada.

—Pues bien, oidlo: el general Zaragoza.

Wask se estremeció, su semblante se puso livido como el de un sentenciado, sus ojos rodaron por sus órbitas inmensamente abiertas y su aliento se paralizó.

El conde del Jaral lanzó una carcajada horrible.

Aquella risa del infierno hizo volver en sí al arrojado aventurero.

—Está dicho, exclamó con su despecho concentrado, el general Zaragoza morirá á mi mano, vos señalaréis la hora, espero vuestras órdenes.

Manzanedo dió una mirada oblicua á aquel ser deforme y abominable.

—Ahora me toca mi turno, dijo Wask.

—Ya os escucho.

—Oid con atención: toda esa fuerza que os ha causado espanto, porque compromete altamente nuestros intereses con su avance sobre nuestras posiciones, se alojará en un solo edificio.

—¿Y bien?

—Los carros del parque quedarán en el mismo edificio.

El conde á su vez se estremeció.

—Palideceis? señor conde.

—Sí, de orgullo, vuestra cabeza está mas bien organizada que la mía, comprendo vuestra idea, no necesitáis añadir una palabra.

Manzanedo estaba trémulo, confuso; aquella conversacion le parecia inspirada por Satanás.

—Lo dicho, señores, exclamó Wask.

—Lo dicho, contestó sombríamente el conde del Jaral.

IV.

Hacia el lado izquierdo de la carretera que va de México á Veracruz, en un desvío de cinco leguas y media partiendo del pueblo de Quechola y caminando al norte de las cumbres de Acultzingo, se encuentra la ciudad de San Andres Chalchicomula.

Esta poblacion es una de las mas interesantes del Estado de Puebla por el número de sus habitantes, que asciende á ochenta mil, y por los ricos productos de las haciendas que la circundan.

Allá en tiempo de nuestros mayores, cuando la mano del gobierno servia de apoyo á las leyes canónicas y preceptos eclesiásticos, y todo buen cristiano pagaba los *diezmos* y *primicias*, los *colectores* se enriquecian con las pingües rentas de San Andres Chalchicomula.

El clero necesitaba un edificio para depositar los granos y edificó un depósito magnífico en una de las calles de la ciudad.

Inmensas galeras ó *trojes eclesiásticas* se dispusieron para atesorar la contribucion católica, y aquella oficina valia mas que la que siempre se ha llamado tesorería de la nacion.

El edificio, en el cual la arquitectura no habia tomado parte en sus cuestiones de lujo, era sombrío como todos los de su especie, estaba reducido á ser una arca de piedra, y el arquitecto habia comprendido la idea á las mil maravillas.

Tres siglos las hormigas cristianas guardaban el grano de las cosechas, hasta que al pueblo se le antojó desprenderse de la

coaccion civil y derogar el célebre *mandamiento* de la Iglesia que se registra en las tablas canónicas.

Los almacenes menguaron como era natural; porque los católicos hacendados lo eran en tanto que se los mandaba el señor juez de letras en son de autoridad.

Creyeron los propietarios que salia muy cara la religion y que era mejor y mas barato ser católico á *secas*, es decir, gratis.

Los colectores menguaron en fortuna, y abandonando su tono de jueces eclesiásticos se tornaron en mendicantes humildísimos para atrapar cabe la primera oveja y el primer tercio de trigo á la puerta de las fincas rústicas.

Vino la segunda oleada de la reforma con una furia desconocida, y se llevó no solo al susodicho mandamiento, sino á los frailes y colectores, apoderándose hasta del edificio que volvió al poder de la nacion, donde si no habia estado, por lo ménos debia estar.

Aquel asilo del grano se convirtió en cuartel.

Hay quienes digan que los colectores son peores que los soldados, pero esa es una opinion como otra cualquiera.

El hecho es que ménos perdió la Iglesia que los mayordomos y administradores.

Volvamos al asunto de nuestro capítulo.

La bizarra tropa de Oajaca se alojó en la *Colecturía* de San Andres Chalchicomula, donde habia almacenada una gran cantidad de parque, que por orden de la autoridad y para evitar un accidente, se mandó extraer de los almacenes y poner en carros que estaban á la puerta del edificio.

Tres batallones se alojaron en la *Colecturía*.

El soldado mexicano marcha á campaña con su familia, y así vemos ir en pos de los regimientos un número considerable de mugeres y de niños, formando una caravana, alegre las mas veces y otras en una marcha trabajosa que lastima el corazon.

La *Colecturía* se llenó instantáneamente de fogatas para pre-

parar el *rancho*, y las mujeres encendieron luminarias para guisar.

El aspecto del patio y los corredores era sumamente agradable; grupos de soldados dando broma á las cantineras, niños corriendo por los corredores, los carreros desatalajando, los habilitados repartiendo el prest, y los rancheros el pan y las semillas.

La oficialidad se apoderó por derecho de conquista de las mejores piezas.

En cada ángulo, en cada pilar se improvisaba una tienda de familia, y hasta debajo de los carros se oían las pláticas y cajadas de los soldados.

Daban las siete de la noche, y según las reglas de los militares en campaña, se tocó la *retreta* y se pasó lista en las compañías.

Los soldados respondían con voz sonora cuando escuchaban sus nombres, después se escuchó un *viva* á la independencia, y toda aquella turba guerrera se entró en sus cuadras á reposar del cansancio, pues habían salido ya muy avanzado el día de la Cañada de Istapa.

Aquel zumbido como el de las abejas se fué apagando, las hogueras se extinguieron y el aire de la noche arrebatada las cenizas y últimas chispas de las fogatas.

Poco después todo aquel pueblo dormía tranquilamente y solo se escuchaba por intervalos el grito de "centinela, alerta!"

V.

Entre las personas que el comandante militar había comisionado para la extracción del parque, había un individuo conocido de nuestros lectores; ese hombre había procurado desbaratar algunas *paradas* é insensiblemente se formó un reguero de

pólvora que comunicaba como un hilo de muerte al almacén y los carros que estaban en la calle.

La operación era arriesgadísima, una de las chispas de las luminarias podría producir el incendio y don Fernando quedar sepultado entre los escombros del edificio.

No obstante, el valor á toda prueba del conde y su idea de desmoralizar el ejército con una catástrofe, le prestaban el aliento de Satanás.

Revisó atentamente si no había solución de continuidad en el reguero, deshizo algunos cartuchos mas á la entrada del almacén y se dirigió á la calle donde estaban los carros.

Acercóse al mas inmediato, y poniendo entre dos cajones un mechero de cera, lo encendió procurando ocultar la luz con el toldo.

Aquella mecha fatal debía producir á los pocos minutos el incendio, que se comunicaría rápidamente con el almacén.

El conde del Jaral se alejó precipitadamente; llegó jadeando á su alojamiento y dijo á Wask y Manzanedo:

—Huyamos, tenemos muy cerca la muerte!

Sin dar mas explicaciones montó á caballo y seguido de sus compañeros se alejó por el camino de la Cañada á esperar el resultado de su audacia y de su valor.

—Las ocho y doce minutos, dijo el conde, viendo su reloj á la luz de su habano.

VI.

El proyecto infame de don Fernando se realizó tal como lo había concebido.

La mecha de cera incendió la madera del cajón y la pólvora estalló con horrible furia.

Comunicóse el fuego á la pólvora del reguero, y una llama instantánea atravesó el patio y se introdujo en el almacén.

Aquel inmenso depósito hizo una explosión como la de un volcán.

La tierra se estremeció en el espacio de cinco leguas.

La detonación fué horrible.

El edificio saltó en pedazos, y los techos y las piedras y los restos humanos se esparcieron por el espacio acompañados de un grito de agonía inolvidable.

Escuchóse una segunda detonación aun más terrible que la primera.

La cólera del cielo tronaba sobre aquella ciudad infortunada.

Esta detonación prolongada era producida por los proyectiles cuyas espoletas se incendiaron y reventaban en el aire y caían en los techos de las casas haciendo un estrago terrible.

Pocos momentos después y cuando ya había pasado la impresión del momento, la ciudad en masa ocurrió al sitio de la catástrofe.

El fuego continuaba devorando los escombros del edificio y casas contiguas.

Todo había desaparecido, nada quedaba ya de aquel pueblo alojado en la *Colecturía*.

Oíanse lamentos terribles, gritos desesperados y voces pidiendo misericordia.

Había soldados que escapando de una muerte momentánea, sufrían las penas del infierno, al consumirse en sus miembros los vestidos, con el fuego de la pólvora.

Entonces comenzó á desplegarse una escena de heroísmo: la población de San Andrés se lanzó sobre los escombros á socorrer á los desgraciados, y atravesando por las maderas incendiadas sacaban á los soldados y á las mujeres y á los niños, con un valor digno solo de aquellos momentos en que Dios y la humanidad presenciaban aquel desastre espantoso.

Pasóse la noche en ese tráfago sombrío y la luz del sol vino á alumbrar tan deforme escena.

Cuerpos mutilados, miembros descompuestos y calcinados,

cabezas negras y ensangrentadas, girones abrasados, cadáveres de niños y de mujeres teniendo en el rostro la expresión de la agonía desesperada.

Nadie hubiera podido reconocer á un padre ni á un amigo.

Aquel montón de cenizas y troncos mutilados era uno de aquellos recuerdos sombríos en que el hombre encuentra la cifra de su ser y el secreto terrible de su existencia.

VII.

La población se vistió de luto y tomó un aspecto lúgubre como el de una vírgen sobre quien sacudiese sus alas el espíritu de la desgracia.

En las calles no se veían más que fogatas de diez en diez varas haciendo fumigaciones higiénicas; los cadáveres estaban tendidos en las banquetas.

Los habitantes estaban encerrados en sus casas, unos para llorar las pérdidas que habían sufrido, y otros para no presenciarse los espectáculos de horror en la inhumación de los cadáveres practicada en los escombros de la *Colecturía*.

Los carros cargados con los restos mutilados atravesaban por las calles, emponzoñando la atmósfera con los miasmas y exhalaciones.

El aire era tan fétido, que los transeúntes llevaban los pañuelos empapados de vinagre para evitar el contagio.

Las casas contiguas á la *Colecturía* estaban en ruinas y sus paredes manchadas de sangre.

Más de quinientas personas de la población habían sucumbido.

He aquí la espantosa cifra que arroja esa catástrofe, una de las más notables habidas en América durante los sesenta y dos años corridos del siglo XIX: